



LA CANDIDA FLOR DEL PERÚ STA. ROSA DE LIMA.

De tu vida tan pasmosa
una idea dar pretendo,
Rosa, si gracia me alcanzas
del sumo Dios verdadero.

Después de once hermanos naces,
sin causar dolor cual ellos;
y las túnicas ó telas
te sirven de adorno bello.

A los tres meses, tu rostro
en rosa se admira vuelto;
y aunque Isabel te llamabas,
te dan de Rosa epíteto.

Rosa quiere que te llames
la Madre del sacro Verbo,
como él gusta, y que apellido
tomes de su nombre mesmo.

Rosa de Santa María,
que vertías llanto tierno,
por no ir á las visitas,
siendo el retiro tu centro.

En tu obrar, ya á los tres años
de razón se ven reflexos;
y enfermedades padeces,
pasmando tu sufrimiento.

A una criada le haces
te pise, y cargue de peso:
con él el huerto rodeas,
y á Cristo imitas cayendo.

A los cinco años recibes
luz particular del cielo:
de castidad voto haces,
y te cortas el cabello.

Tres días á la semana
pan y agua es tu sustento,
de seis años; y á tus padres
obedeces con esmero.

Dice tu madre, te ciñas
de rosas: y aquel festejo
con un alfiler lo aguas,
hincándolo hasta el cerebro.

Para suavizar tus manos,
guantes te acomoda: y luego
que duermes, te ardes, los echas,
y se apagan en el suelo.

Cual de otras tiernas doncellas
quiere sea tu aderezo;
y recabas el vestirse
solo un hábito grosero.

Con pieles curar pretende
la contraccion de tus nervios;
y llegándote las manos,
queja ninguna te oyeron.

Simple te juzga tu madre
y ser la obediencia acierto,
dices, formando unas flores
al revés, por su consejo.

Con tu labor á los padres
les procuras el sustento:
y aun enferma les asistes,
cuando los miras enfermos.

Por negarte al matrimonio,
te arrastra de los cabellos
tu madre; y de tus hermanos
sufres igual improperio.

A los veinte, de Terciaria
tomas el hábito; siendo
de Catarina de Sena
un retrato el mas perfecto.

Hija indigna te reputas
de Domingo: oras al cielo;
y al amor de Dios exhortas,
de un raptó alegre volviendo.

Por la mas ruin y baja
te tienes del universo,
sin saber de qué absolverte
tus Confesores atentos.

De virtuosa te alaban,
y te desmayas; y oyendo
celebrar tus blancas manos,
con cal deslucos lo terso.

De Dios alcanzas, que el rostro
no se advierta macilento
por tu grande penitencia;
ni tampoco hermoso y bello.

Voto de no gustar carne
haces, á no haber precepto,
á los quince años; y asombra
cuál mortificas tu cuerpo.

Yerbas amargas escojes
para tu parco sustento:
y es en las enfermedades
el ayuno tu remedio.

Tanta abstinencia á tu madre
la angustia; mas te dá aliento
Cristo; y la salud, te dice,
que está á su cuenta corriendo.

Desde Setiembre á cuaresma
pan y agua es tu alimento:
y en esta solo los viernes
pábulo das á tu cuerpo.

Cinco pepitas amargas
de naranja, por recuerdo
de las llagas de tu Esposo,
solo pasabas en ellos.

Cierta vez, de pascua á pascua
con agua y un pan pequeño
viviste; y aun sin el agua
otra vez pasar te veo.

Quince, veinte y treinta dias,
del altar el Sacramento
era solo tu comida,
y la palabra del cielo.

Disciplinarte te privan
con cadenas; pero al cuerpo
las ciñes con un candado,
cuya llave ocultas luego.

Vistes áspero cilicio
de cerda: y tus brazos tiernos
con cordeles los aprietas,
pasando dolor acerbo.

Ves en dos coronas (de oro
y de espinas) de igual peso,
como la gracia al trabajo,
responde al mérito el premio.

Una corona te ciñes
de tres órdenes, teniendo
cada cual treinta y tres puntas,
sin quitártela un momento.

Tus tiernos pies delicados,
siempre que el horno está ardiendo,
los acercas á las llamas
por sufrir este tormento.

De berverna un bebedizo
te daba el viernes recreo;
y otra yerba muy amarga
mascabas en su defecto.

Niña, en tablas ya dormias,
siendo almohada un madero;
luego en palos desiguales,
sembrando tejas sobre ellos.

Temblar te hacia esta cama
como el ecúleo mas fiero;
y animándote el Esposo,
regalo fue su tormento.

Diez y siete años te sirve:
y la tentacion del sueño
vences, echándote en ella,
y golpes dándote recios.

Asida de dos escarpias,
sufres un dolor intenso,
por desvelarte; y te cuelgas
en otra de los cabellos.

En la oracion doce horas
empleas, dos en el sueño,
diez en la labor, ganando
á tus padres el sustento.

En recoger los sentidos,
te arrobabas ya muy presto,
estando á veces tres dias
sin accion ni movimiento.

La oracion aconsejabas
y el rosario: en él diciendo
llegaban á ejercitarse
mental y vocal á un tiempo.

Ciento y cincuenta atributos
cada dia repitiendo
al Señor, como rosario,
daban terror al infierno.

De la soledad amante,
estrecha ermita en el huerto
te alberga, donde el Esposo
te hace favores sin cuento.
Deliquio de amor padeces:
te sustenta un Angel bello;
Cristo el licor del costado
te aplica, y cobras aliento.

Cierta losa caer dejás
sobre el pie: llegas pimientos
á los ojos; y así escusas
visitas de cumplimiento.

Con los mosquitos contratas
no te ofendan, ni tú á ellos;
mas si entra alguno en tu ermita,
su molestia siente luego,

Aves y árboles alaban
por tu mandato al Eterno:
con dulces trinos aquellas;
estos bajando hasta el suelo.

Tu caridad grande muestras,
las miserias socorriendo,
visitando atribulados,
y sanando á los enfermos.

Pútrida sangre te sorbes,
por darte asco, venciendo
repugnancias, que al mirarla
dar arqueadas te hicieron.

Como buscas en la llaga
del costado tus consuelos,
sed de mas penas te aqueja,
su dulce néctar bebiendo.

Los pecadores é infieles
enardecian tu celo:
pues por salvarles, quisieras
padecer todo el infierno.

Penetras cuán locamente
te se inclina un caballero;
mas por tí desengañado,
de penitencia fue ejemplo.

Luchando á brazo partido
con el maligno protervo,
á quien *sarnoso* llamabas,
venció mil veces tu esfuerzo.

Como mancebo gallardo
te se presenta asmodeo:
te provoca, huyes, lo vences;
y aun mortificas tu cuerpo.

Te desmayas, cuando orando,
Jesus te dice halagüeño:
Rosa de mi corazón,
yo por mi esposa te quiero.

Te confortas y acaricia
la Emperatriz de los cielos,
y la merced te pondera
que su Hijo te está haciendo.

Un anillo, en que hay grabado
tu Esposo, y que gusta serlo,
jueves santo lo colocas
junto con el Sacramento.

Por el ayre á tí en la pascua
vuela el anillo, y al dedo
del corazón lo acomodas
para continuo recuerdo.

Te hace el Esposo visitas
en la labor, y leyendo;
y á breve ausencia, ya formas
bien sentidos sentimientos.

Ganas el punto en los dados:
y el Niño el dolor intenso
te quita de la garganta;
pierdes, y vuelve al momento.

Las albacas arrancadas
ves, y te entristeces de ello;
y el que es Flor del campo, dice,
debe ser todo tu objeto.

En su corazón revela
que te tiene, y puesta en medio,
porque en el tuyo le admities,
desechando otro recreo.

En tu celda transportada,
de rosas se cubre el suelo:
á Jesus de ellas ofreces,
y una te toma risueño:

Formas corona, y le ciñes:
él la acepta sonriendo;
te consuela, te bendice,
y desaparece luego.

Tales favores hacian
arder en llamas tu pecho,
desahogándolo ansiosa
cantando divinos versos.

Sin saber lo que es vihuela,
tocas cual músico diestro;
y las cuerdas no hacen falta
para causar embeleso.

Singular devoción tienes
al augusto Sacramento:
te inflamas al recibirle,
y obra en tí raros efectos.

Resignadamente sufres
del desamparo el tormento
una hora en cada un día
por quince años enteros.

Gran devoción á la Virgen
profesas; y su amor tierno,
para orar, muchas mañanas
te recordaba del sueño.

Tu debilidad socorre
de Cristóval Maza un Negro,
con chocolate, que el Ángel
le avisó, según acuerdo.

Valencia: Imprenta de Laborda, calle de la Bolsería, n.º 13.

Muy varonil, de los hombres
sufres el mal tratamiento;
tu espíritu no aprobando
aun tus Confesores mismos.

Trato familiar disfrutas
con quien era tu modelo,
Catarina, estando pronta
para acudir á tus ruegos.

A los treinta años padeces
dura enfermedad: y fueron
múchos de sus accidentes
hasta el morir compañeros.

De Bartolomé celebras
el día: pues en el cielo
tal día tu desposorio
celebrarías eterno.

A los treinta y dos, cual cisne,
en la celdilla del huerto,
como anuncio de tu muerte
cantas los últimos versos.

En casa de Don Gonzalo,
de Agosto el día primero
enfermas, y el veinte y uno
recibes los sacramentos.

Perdon á todos les pides:
tus padres te bendijeron;
sin almohadas espiras,
Jesus, Jesus repitiendo.

De resplandores cercada
ven tu cama; y todo el pueblo
conmovido; tu cadáver
alegría causa el verlo.

Bienaventurados llama
á aquellos que el ser te dieron,
tu Confesor, y la hora
feliz de tu nacimiento.

De Domingo hija dichosa,
en quien fue siempre de aumento
la gracia que en el bautismo
te infundió el Autor supremo.

Amparas á quien te invoca:
y se cumplen tus deseos
en convertir pecadores,
predicando desde el cielo.

Por el Décimo Clemente
canonizada te vemos,
para imitar tus virtudes,
porque tu amparo alcancemos.